



san francisco
y
caballos
dos
vitrales
de
luisa de sáenz

“Vitraux”:

Expresión romántica de la estética

escribe
 carlos franck

“Toda ficción comienza con un suponemos que fue”, dice Malraux, pero, “el Cristo de Monreale no es un suponemos que fue, sino así es. Tampoco la Portada Dorada del Giotto. Una Madonna de Lippi o de Botticelli es un atestiguamiento. La Cena de Leonardo un supremo cuento”.

En esta forma pudo expresarse la religión cuando dejó de ser sólo una fe. El Renacimiento fue arte de religión, el Gótico de fe. El arte de los “vitraux” que se manifiesta con mayor intensidad en la Iglesia Católica, es el reencuentro del hombre con su fe. Fe expresada en su obra. Porque en el artista una fe ha alentado siempre su obrar cotidiano. Un hábito ha impulsado su creación.

Los “vitraux”, legendario arte que se pierde secularmente en el tiempo, nos retrotrae al nacer de su magia pretérita, a construcciones más o menos monumentales, donde a manera de decoración mural, se colocaban piedras de colores artísticamente dispuestas.

De Egipto pasó al Bizancio, de éste a Roma, de Roma, cruzando Los Alpes, a Baviera hasta asentarse con plenitud definitiva en el Gótico, (Chartres y Le Mans), la verdadera cuna de los “vitraux” actuales.

Kauffmann en Alemania, Thomm Priker, Piet Mondrian, Frederick Geuer en Holanda, Rouault en Francia y muchos otros, dan la dimensión contemporánea del vitral, que en la plástica universal, tiene la misma cabida poética que sus otras expresiones y, mucho más de sereno oficio.

Es en el arte del cristal pintado, (1) donde el espíritu romántico del artista, se manifiesta con perfiles de conmovedora nitidez, al conferir al material sobre el cual trabaja, parte de su ser emocional y trascendente.

En todas las épocas, en todas las artes, han existido clásicos y románticos con prescindencia de sus propias valoraciones y al margen de la cronología. El clásico es concreto, analítico, mesurado y mensurable. El romántico; intuitivo, espontáneo, promético, inconmensurable. Un ensayista inglés definía: el romántico es el pozo de agua, el clásico el balde. El clásico se elevará, pero lo hará con brevedad, añorando el retorno. El romántico cortará sus ataduras para elevarse sin solución de continuidad.

Los vitrales de expresión religiosa, adecuando su plasticidad poética con la sobriedad del oficio, aientan vigencia al mensaje evangélico, otorgando sentido a la presencia de la imagen en el templo. El artista cumple entonces, su doble misión: producir emoción estética, al crear la obra de arte y conmover la interioridad del hombre. Quien obra arte con fe, se redime un poco, y los vitralistas se purifican con el fuego, que a modo de caricia, va convirtiendo los tonos gris tierra, con que fueron pintados los cristales sometidos a su acción; en cobaltos, bermellones, amarillos.

Hay un instante supremo en el obrar de vitrales, y es, cuando el primer rayo de luz espectra sus destellos a través de la translúcida superficie del cristal pintado. Es como si hablara Dios. Desde entonces la luz quedará indisolublemente prendida al vitral para siempre, rítmica, fugitiva, inasible; instantánea y mágica como la agonía de las horas y cambiante como las expresiones. A los cuadros se les pone luz, a la luz se le pone vitrales.

El arte no es ni positivo ni negativo. Ni comunista ni fascista. No serio ni gracioso. Ni social ni antisocial. El arte es, simplemente, como es el Crear. El arte es la vida misma trasuntada en emoción. El arte es angustia de conmovidas pasiones interiores. El arte es expresión estética de fuerzas metafísicas profundas.

El folklore no es arte, no puede ser, porque sólo muestra el aspecto exterior de un fenómeno regional cualquiera, así como el arte social, sólo exterioriza las comunes circunstancias en las que el hombre se halla envuelto. Ambos casos sólo exultan o reivindican sin trascender las dimensiones de alegoría o de consigna.

El arte de los “vitraux”, como expresión romántica de la estética se ha mantenido inalterable, en el devenir de las edades. Sólo cuando se penetra en el ámbito del dolor, de la angustia y el misterio, se puede crear la obra de arte. ¿Ejemplos? Beethoven, Van Gogh, Strinberg, Holderlin etc., y en nuestro Continente, César Vallejo, cuya emoción estética fue configurada con patetismo humano.

En Costa Rica, Luisa de Sáenz, con calidad, fe y voz trascendentes, a la manera de los antiguos maestros pinta vitrales. Es la única que lo hace, pero no es esta circunstancia la que valoriza su obra, sino sus modos intuitivos, sus formas y colores que, en este complejo y sutil arte van configurando su plástica.

(1) Infelizmente y por error algunas personas confunden el vitral con figuras en vidrios de colores que sobre moldes preparados, ciertos talleres artesanales recortan, emploman y enmarcan.

Arte y Literatura

en LA PRENSA LIBRE

a cargo de CARLOS FRANCK GAMARRA